

El substrato médico de principio de siglo lo personifican D. Manuel, D. Magdaleno, D. Enrique, D. Gonzalo, D. José y D. Román, hombres todos de algún rasgo especial y que se desenvolvieron holgadamente dando a la profesión un elevado tono de respeto y consideración pública

Bonardell empuña ese cetro, preciada herencia de una época caballescra, y lo mantiene ejemplarmente, aguantando todos los aires, pero los cambios presionan desviando a los hombres de su camino, la masa social empuja y puede decirse que Bonardell cierra un período de vida médica local, marchándose con él el tono y las maneras propias de una época profesional. A sus espaldas y siguiendo la sombra de su alejamiento, se vislumbra la efigie del Médico standard, sin personalidad, creado por la colectivización, indiferente y burócrata.



«Paco el de la Botica»  
Francisco Molina Minguéz

## Dos colaboradores importantes

EN la época a que nos venimos refiriendo, desarrollaron íntegramente su trabajo profesional, dos personas auxiliares que gozaron de general confianza y merecida popularidad: Paco el la Botica y Manuel Comino, el Practicante, que aun viven por fortuna, y que con D.<sup>a</sup> Isabel, la Relojera, completan el cuadro de ayudantes destacados, que tuvieron aquel grupo de Médicos cuyas siluetas hemos pretendido perfilar en el curso de estas publicaciones.

Si las condiciones de los señores indican la de los vasallos, es natural que aquellos hombres de tanto genio y tanta presencia—más apariencia que realidad—pero buenos de verdad, tuvieran como ayudantes a otros igualmente buenos, pero de opuestas condiciones de carácter, es decir, sencillos, humildes y cumplidores exactos de sus deberes sin reparar en molestias.

Los dos fueron en su misión como brote espontáneo de la naturaleza, fiel reflejo de aquel aserto biológico de que la función crea el órgano o que la necesidad impone la forma de satisfacerla, y estos dos hombres parecía que habían nacido para su menester respectivo; de ahí su nombradía.

La vida de Manuel coincide con el auge de su profesión, impuesta por los nuevos métodos terapéuticos y la generalización del uso de las inyecciones.

Su carácter comedido, su prudencia, su calma y su discreción, le granjean con estricta justicia la confianza y el afecto de los Médicos y del pueblo en general, a los que corresponde durante 40 años con una labor considerable y meritísima que por fortuna continúa.

Paco también coincide con cierta inquietud en la Farmacia, que se inicia con la llegada de D. Leopoldo y que gracias a él sale de la pobreza en que vivía, haciéndose necesario una atención más constante, cosa que cumple a maravilla este mancebo popularísimo que ha asimilado completamente su misión, su misión y el corazón de las gentes que veneraron en él justificadamente, porque Paco sabe muchas cosas—y sabe callarlas, que es doble saber,—aprendidas en 59 años de mostrador emulsionando lo insoluble y haciendo lixiviaciones y extractos flúidos que son la esencia de la taumaturgia del mortero que manejaba como un mago, y cuando alguna le pedía con prisas un **mensuja**, Paco, paternalmente, la convencía de su imposibilidad:—«mujer, eso es como si yo te pido ahora un cocido; me dirás que tienes que hacerlo, pues eso me pasa a mí, ven luego y te lo prepararé mientras»—Y volvía y quedaba unida de por vida a la inalterabilidad de Paco cuya calma, como un acantilado, fué deshaciendo todas las olas, enseñoreándose del mar.



Manuel Comino,  
El Practicante